I

A LA HORA DE PURIFICAR LAS ALMAS, LAS AGUAS DEL RHIN PARECEN MAS CONFIABLES QUE LAS DEL TÁMESIS.

En una apacible noche, del año 1517, un hombre, que más que hombre parecía ser una delgada sombra humana, dejó atrás las nieblas del Támesis, y luego de atravesar el *English Channel*, y de recorrer desde Calais más de cuatrocientos kilómetros de tierras ásperas, arribó finalmente a Maguncia, ciudad del Sacro Imperio. Ya estando allí, tomó albergue en una posada, y tras reponer fuerzas con una cena generosa, alistó a su espíritu para las disposiciones que debería enfrentar al día siguiente.

Siguiendo el curso de un exilio involuntario, estaba ahora allí, lejos de su terruño natal, buscando lo que no había podido hallar hasta entonces: una muralla que contuviese a sus emociones desbordadas; un alivio donde ahogar sus pecados más nefastos.

. La síntesis de esta urgencia, podía leerse con claridad en cada ángulo de su rostro atormentado, en su respiración agitada, y más que nada en el brillo intenso que acusaban sus ojos negros. Pero no era su cuerpo, como ligeramente se podría juzgar en un principio, el que necesitaba la caricia de un oasis, sino su débil alma. Era en esta que parecía llevar el peso de todo su infortunio, la fatiga de muchos males, y cierto dolor, que aunque no procedía de la conciencia, lo mismo hundía sus espinas en él cuando se quedaba a solas meditando en las cosas horribles que había hecho. Aunque no compartía con nadie, el secreto de sus acciones, el peso de las mismas lo abrumaba por las noches con un remordimiento similar, al que en las conciencias lúcidas (pero este no parecía ser el caso) hace de antorcha iluminando el camino de los hombres.

Aquel rostro, que nadie había visto en plenitud durante aquellas horas, no era en apariencia digno de piedad alguna. Daba la sensación de rezumar malignidad a través de cada uno de sus poros: desde sus mejillas hendidas, de tono cetrino, pasando por su afilada nariz de connotaciones aquilinas, hasta llegar a sus ojos, que naturalmente, por su constante e incisivo brillo, de alguna forma recordaban al *basilikon* de la leyenda griega. Resulta extraño, entonces, que nadie hubiera percibido en esa sombría planicie de gestos melancólicos, la famosa señal que más de un concilio había establecido como norma, para los cuerpos de los hombres sindicados como enemigos de la fe. ¿Por qué el *sigilum* *diaboli,* al que el calvinista Danneau conferiría rigor de estatuto sesenta años más tarde en su libro *Las brujas*, debería estar solamente encarnado por una marca de nacimiento (ya sea un lunar, ya sea un tatuaje) y no hacerse extensible a las expresiones, que como ya muchas veces se ha dicho (y nunca será ocioso repetirlo) no son sino efluvios tempestuosos del alma?

Una cosa es cierta, y es que fuese cual fuese el tenor del secreto que lo atormentaba, por primera vez, aquella figura lánguida y escuálida que tan silenciosa y subrepticiamente había vulnerado la frontera franco-germana aquella noche, había decidido compartirlo con alguien.

¿Por qué había elegido una pequeña iglesia de Maguncia, para realizar allí sus confesiones? ¿Acaso no eran confiables los monjes de Bretaña, los de la misma Francia, para volcar en sus oídos el torrente con el que finalmente pretendía desahogarse? La respuesta no podía ser otra que, siendo como era un súbdito británico, y habiendo desarrollado en aquellos suelos su pecaminosa actividad, resultaba un riesgo demasiado oneroso para enfrentar, hacerlo en una iglesia de aquella comarca. ¿Y Francia? ¿Por qué no, Francia? Al parecer esta yacía demasiado cerca como para derramar en ella sus confesiones, máxime si lo que quería hacer aquel misterioso hombre, no era otra cosa que poner distancia, y lo mas rápidamente que fuera posible, del teatro de los acontecimientos que lo habían tenido como principal protagonista.

Si estas razones, no eran de por si esenciales, la catedral de San Martín, allí en Maguncia, cobijaba una aún mas poderosa, y es la de guardar en su seno, un secreto, que no le iba en zaga a los muchos que guardaba entonces el Clero en distintas partes de Europa.

Este secreto, en el fondo no era tal. Algunas lenguas lo habían ventilado ya en numerosas ocasiones, en nobles tertulias, y hasta el pueblo lo había degustado en sus diferentes versiones. Pero aquello que no puede probarse, con el tiempo se va debilitando, y no tarda en adquirir dimensiones de rumor. De esto a la mentira, hay ahora un solo paso. ¡Pobres almas, aquellas, que se animan a dar este paso sin la necesaria protección, sin la venia de altas dignidades!

Aquel hombre, es decir, la sombra de nuestro relato, también había oído hablar de este secreto, y era este conocimiento el que precisamente tendía a disipar las aflicciones que torturaban su corazón.

Si podía probar su existencia, si hacía que los dueños de este secreto se avinieran a conversar con él, sobre el mismo, entonces sí su alma estaría mas cerca de la posibilidad de ser salvada.

Aguardó con inquietud a que llegara el nuevo día. Cuando llegó este, se acicaló y vistió con el mayor de los esmeros, y ya convencido de haber borrado de su rostro el enunciado de desdicha que parecía llevar a todas partes, abandonó la posada en la que se había alojado la noche anterior.

Aquella primera cita, que de no mediar ningún inconveniente habría de concretar ese mismo día, era fundamental para sus futuras aspiraciones. Pero no ocurriría esto último, si su ambición se limitaba a oír las amonestaciones de un insípido y pobre monje. ¿De que le servía la absolución, si esta provenía de un hombre sin poder, de alguien a quien la inmovilidad en el santuario, y la gula a la que solía hacerle honor tras recitar un par de *padrenuestros*, lo iban haciendo cada vez más torpe y mas obeso? Lo importante era otra cosa: lo que este hombre dijera. La confesión que el iba a suministrarle ( una parte insignificante de ella, en realidad) era en este caso el anzuelo de pescador, con el cual el tentaría al pez, para que este abriera la boca, y luego comenzara a confirmar lo que hacía unos cuantos meses venía rumoreándose en Inglaterra.